

LA ESCALERA DEL PODER ESPIRITUAL PARA EL CRISTIANO

Oh, Dios, Dios de la verdad eterna, vengo y me postro ante ti. Tu Palabra es mi roca y mi fundamento durante los momentos de cansancio. Confío en ti y busco en ti mi porción de gracia diaria. Tus promesas han sido fieles en todas las generaciones, y descanso mi vida sobre las promesas de tu Palabra que se van cumpliendo. Tus promesas, como flores de un jardín, han llenado mi vida con la fragancia de tu presencia. Amén.

Para mí, lo más increíble de la vida cristiana es la naturaleza creciente o progresiva de mi relación personal con Dios por medio de Jesucristo. La evidencia aplastante sugiere que hoy día no son muchos los cristianos que experimentan esta progresión, a la que llamaré “la escalera del poder espiritual”. Las promesas de Dios, administradas por el Espíritu Santo, nos capacitan para crecer en nuestra capacidad de conocer a Dios y cumplir sus propósitos para nuestras vidas.

Fundamento la imagen de la escalera en aquella visión que tuvo Jacob una noche, en un momento temprano de su vida, mientras huía de aquel hermano al que había arrebatado la herencia y del padre al que había engañado. Aquella noche, Jacob tuvo un encuentro con Dios que transformó todo su concepto de Él. Al episodio lo llamamos “la escalera de Jacob”.

Gracias a esta experiencia, Jacob se vio impulsado por una promesa de Dios que guardó consigo hasta el día de su muerte:

Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella.

Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo:

Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho (Gn. 28:12-15).

En esta vida todo se fundamenta en algún tipo de promesa. Puede ser la hipoteca de tu hogar, un préstamo para tu coche, un empleo que tengas o incluso tu vínculo matrimonial. Todos estos aspectos de la vida, y muchos otros, dependen de una promesa. Todo problema es la consecuencia de una promesa rota, y toda relación depende de las promesas que se han hecho.

Comprender las promesas que Dios nos hace

Según la Biblia, Dios hace a su pueblo tres tipos de promesas. Primero, hay promesas limitadas. No son aplicables a todo el mundo, sino solo a un grupo determinado de personas. Dios hizo a Israel ciertas promesas que solo se aplicaban a ese pueblo. Hizo otras promesas a tribus individuales dentro de la nación israelita.

Luego tenemos las promesas generales de Dios, aplicables

a todo el mundo. Entre ellas se cuentan los compromisos que ha hecho Dios respecto a la salvación. La salvación está accesible para todos los hombres, tanto judíos como gentiles. Todo el mundo puede acceder a esas promesas.

Por último, hay promesas concretas hechas a individuos. Sobre todo cuando estudiamos el Antiguo Testamento, encontramos que, de vez en cuando, Dios hacía una promesa específica a un individuo con un propósito determinado. Pensemos, por ejemplo, en el relato de Gedeón y su vellón de lana, que hallamos en Jueces 6. Dios concedió a Gedeón una promesa concreta que no era aplicable a nadie más.

A menudo cantamos un himno que dice “Todas las promesas del Libro son mías, mías, mías; cada capítulo, cada versículo, cada línea”. Es un himno muy bonito, pero no es cierto del todo. No todas las promesas de la Biblia me son aplicables.

Si no estás de acuerdo, a lo mejor te gustaría animar a todas las mujeres de tu iglesia, el próximo domingo por la mañana, a que reclamaran la promesa que Dios hizo a Sara, de que tendría un hijo pasada ya la edad para tenerlo. Sería ridículo. La promesa que Sara recibió de Dios fue concreta, dirigida a un individuo concreto; no es aplicable a nadie más.

Me gusta tener en mente que en la Biblia todo es para mí, pero no todo habla de mí. Es necesario que tenga cierto grado de discernimiento espiritual para descubrir lo que Dios me dice realmente hoy. Acepto toda la Biblia, cada capítulo, versículo y palabra, como Palabra de Dios. Sin embargo, algunas cosas de la Biblia no se me aplican personalmente. A medida que el Espíritu Santo me guía por esta batería de promesas, llego a las que son para mí. Si no mediara la fidelidad del Espíritu Santo, esto sería un laberinto de confusiones.

Debemos preguntarnos: *¿Cuál es el propósito de las promesas de Dios? ¿Cómo afectan esas promesas a mi relación con Dios y a mi caminar con El todos los días?* Ten esto en mente: las promesas de

Dios revelan todo lo que debemos saber sobre Él y, lo que es más importante, todo lo que Dios quiere que seamos.

El primer paso para evaluar una promesa es descubrir quién está detrás de ella. Una promesa es tan válida como la persona que la hace. ¿Es capaz de cumplirla? ¿Qué dice esta promesa concreta sobre la persona que la hace? Cualquier persona puede prometerte lo que sea, pero la única promesa legítima viene de la persona capaz de cumplirla. Dios no solo es capaz de cumplir las promesas que nos hace, sino que desea hacerlo.

Las religiones, en general, prometen mucho, pero el tiempo ha demostrado que no pueden cumplir aquello de lo que se jactaba. Elige la religión que quieras y analiza sus promesas; descubrirás que no las cumple.

Cristo cumple plenamente todas y cada una de las promesas que realiza. Esto es lo que hace que las promesas de Dios sean tan maravillosas, además de tan necesarias en mi caminar con Cristo.

De la misma manera que la escalera que Jacob vio en su visión subía desde donde estaba Él hasta los cielos donde estaba Dios, las promesas divinas nos acercan más a la presencia de Dios. Esto fue lo que descubrió Jacob: “Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía” (Gn. 28:16).

Las promesas de Dios revelan aspectos de su naturaleza

Al observar las promesas de Dios, de Génesis a Apocalipsis, vemos que tras cada una de ellas existe un propósito divino. Las promesas de Dios no son fruto de sus caprichos, de que prometa cosas arbitrarias para que su pueblo se sienta bien consigo mismo y feliz. Las promesas de Dios son dinámicas y deliberadas, y cuando las aceptamos, nuestra vida cristiana empieza a ascender a niveles de poder espiritual que nunca antes conocimos.

Una mirada más atenta a las promesas de Dios nos descubre que tienen una doble naturaleza. Primero, cada promesa divina revela aspectos de su naturaleza y de su carácter que Él desea que su pueblo conozca.

Muchas personas han oído hablar de Dios. El problema es que son pocas las que conocen a Dios como Él quiere. Una cosa es saber que Dios existe o pensar que “ahí arriba hay alguien a quien le gusto”; otra cosa muy distinta es conocer a este Dios en el nivel profundo que Él desea.

Las promesas de Dios muestran al corazón adorador quién es Él. Este es el centro de todas las revelaciones que hace de sí mismo. A Dios le encanta que le conozcan, y la pasión de todo creyente es conocerle más y más íntimamente cada día que pasa.

Déjame ofrecerte algunas ilustraciones para que entiendas lo que digo. Tomemos, por ejemplo, la promesa que tenemos en 1 Pedro 5:7: “echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”. ¿Qué nos dice esta promesa sobre Dios? Partiendo de esta promesa, ¿qué es lo que Dios quiere revelarnos de sí mismo?

Esta promesa nos revela a un Dios que se interesa profundamente por las cosas que nos cargan día tras día. A Dios le interesan los detalles de nuestra vida cotidiana, no solo los momentos de emergencia, cuando estamos desesperados o corremos peligro. Por supuesto que a Dios le preocupan esos momentos de nuestras vidas. Pero esta promesa nos revela a un Dios que quiere tener tanta intimidad con nosotros que comparte nuestras preocupaciones diarias. Desea identificarse con nosotros hasta tal punto que no solo nos sentimos a gusto en su presencia, sino que la busquemos con todo el corazón. ¡Sin duda esta es una promesa que los cristianos deben aceptar con entusiasmo!

Pensemos en otro ejemplo que hallamos en 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar

nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Una vez más, vemos una promesa sencilla de Dios. ¿Qué nos revela sobre su persona? ¿Qué intenta decirnos Dios sobre sí mismo en este versículo?

Esta es probablemente la revelación más maravillosa de Dios que podríamos tener: Dios es un Dios perdonador. Es fiel y justo para perdonar nuestros pecados. Dios no nos perdona por algún afecto caprichoso que sienta por nosotros, o por un impulso pasajero que pueda cambiar mañana. Más bien, el perdón de Dios se fundamenta en el carácter y la naturaleza inmutables de Dios (“Porque yo Jehová no cambio”, Mal. 3:6), y no hay pecado que Dios no pueda perdonar. Dios desea revelarnos que su capacidad de perdonar es mayor que la nuestra de pecar, y que todo el mundo tiene acceso a este perdón por medio del Señor Jesucristo.

Veamos una ilustración más, de Proverbios 3:5-6: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”. ¿Quién no se ha refugiado en esta maravillosa promesa de Dios?

Lo que Dios intenta revelarnos sobre su persona en esta promesa es que se interesa personalmente en el camino que sigue nuestra vida. Desea dirigir nuestro rumbo y, cuando lo hace, podemos estar seguros de que avanzamos por la ruta correcta, en la dirección idónea. A Dios le interesa personalmente cada paso que doy todos los días de mi vida, e intenta revelarme por medio de esta promesa que puedo confiarle la dirección general de mi vida. Nunca me abandonará ni me llevará en la dirección equivocada.

Las promesas siguen adelante, revelándonos algo sobre la naturaleza y el carácter de Dios que Él quiere que sepamos. Seguir esas promesas supone descubrir aspectos de la naturaleza divina que hallan eco en nuestra propia naturaleza.

Cuando me dejo empapar por las promesas de Dios, empiezo a entender su corazón y su pasión, no solo por toda la humanidad, sino dirigidos especialmente hacia mí. Estudiar las promesas de Dios que encuentro en su Palabra no me aporta un mero conocimiento académico; el Espíritu Santo tiene poder para revelarme por medio de esas promesas lo que Dios quiere que conozca sobre Él. ¡Qué alegría es empezar a conocer a Dios como quiere ser conocido! No busco que el mundo me defina quién es Dios. No quiero que ni siquiera la religión me defina a Dios. Quiero que el Espíritu Santo me revele a Dios por medio de las promesas, extraordinariamente grandes y preciosas, que Él me ha dado.

Las promesas de Dios revelan sus expectativas

El segundo aspecto de estas promesas de Dios es que revelan lo que espera de nosotros. Cada promesa revela algo que Dios espera que seamos, hagamos o algo en lo que nos convirtamos. No tenemos que adivinar lo que quiere Dios de nosotros. No tenemos que esperar hasta estar al otro lado para descubrir lo que esperaba Dios de nosotros durante nuestra vida. Por medio de sus promesas, el Espíritu Santo empieza a revelarnos las elevadas expectativas que tiene Dios para nuestras vidas.

Volvamos a ver las mismas promesas que usé antes para desvelar el carácter y la naturaleza de Dios. En estas promesas empezaremos a entender lo que Dios espera de nosotros.

Tomemos el primer ejemplo, 1 Pedro 5:7: “echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”. ¿Qué me revela esta promesa sobre lo que Dios espera de mí?

Partiendo de esta promesa vemos que Dios espera que eche todas mis preocupaciones sobre Él. Espera que no transporte mis cargas, sino que se las entregue a Él por completo. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí...” (Mt. 11:29).

¿Cuántos de nosotros nos esforzamos en vivir la vida cristiana llevando nuestras propias cargas, como hizo Cristiano en la obra clásica de Paul Bunyan, *El progreso del peregrino*? Como el peregrino de la historia, estamos lastrados con todas las inquietudes que nos proporciona el mundo. Parece que cada carga es como un imán, que atrae preocupaciones adicionales que se pegan a nuestra vida. En esta promesa veo que Dios espera de mí que eche en Él todos esos problemas y la ansiedad que los acompaña.

¡Cómo debe entristecer a Dios ver a tantos cristianos que no entienden sus expectativas! ¡Qué mal debe sentirse al vernos soportar innecesariamente cargas tan pesadas que tropezamos y caemos bajo su peso!

Volvamos a examinar ahora la promesa que encontramos en 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. ¿Cuál es la expectativa que Dios tiene de mí en esta promesa?

Dicho con sencillez, Dios espera que confesemos nuestros pecados. Espera que admitamos nuestros fracasos, faltas, errores e incapacidades (llámalas como quieras) y las reconozcamos ante Él. Podemos esconder cosas a amigos y parientes, pero a Dios no se le puede ocultar nada. De hecho, algunas traducciones de este versículo sugieren que significa, sencillamente, que debemos estar de acuerdo con Dios sobre lo que es pecado en nuestras vidas. Según esta promesa, Dios espera de nosotros que seamos abiertos y sinceros con Él sobre los problemas de nuestra vida. Cuanto mejor conocemos a Dios, más capaces somos de confiar en Él con nuestras confesiones.

Quienes han cumplido esta expectativa de Dios han descubierto que los capacita para vivir para Él. Dios espera plenamente no solo que confesemos nuestros pecados, sino también que caminemos bajo el fulgor del perdón. En el Antiguo Testamento, José entendió esto cuando dijo a sus hermanos: “Vosotros

pensasteis mal contra mí, mas Dios...” (Gn. 50:20). Ese elemento “mas Dios” lo cambia todo.

La tercera promesa era Proverbios 3:5-6: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”. ¿Qué dice esta promesa que Dios espera de mí?

Dios espera que confíe en Él, y no en mí mismo. No debemos intentar cuestionar a Dios. No debemos basarnos en nuestra propia agenda, más bien, debemos confiar en Dios sobre todas las cosas de nuestra vida. Dios espera esto de mí. No espera que sea yo quien provea mi propia guía y dirección en la vida. Espera que le entregue mi futuro por completo, y que confíe en la sabiduría de Aquel que conoce el final ya desde el principio.

¿Por qué nos cuesta tanto confiar plenamente en Dios? Sencillamente, porque no hemos permitido que el Espíritu Santo nos revele a Dios como Él desea ser revelado. Cuando cedamos al Espíritu Santo, Él será fiel para ejercer su liderazgo sobre esta área de las promesas divinas. Nos mostrará a Dios como quiere ser conocido y como nos deleitamos en conocerle.

Al armonizar nuestras vidas con las promesas de Dios, empezamos a entender el camino que nos lleva hacia su corazón. Del mismo modo que la escalera de Jacob ascendía hacia Dios, las promesas divinas nos llevan hacia arriba, en un viaje hacia el corazón divino. Estas promesas son claves para capacitarnos para ser todo aquello que Él desea. Cuando entendemos quién y qué es Dios, tal como Él desea revelarse, podemos apreciar lo que Él espera de nuestras vidas cada día.

Todo problema en la vida cristiana es el resultado de una mala apropiación de las promesas divinas. Muchos las contemplan y solo ven su faceta superficial, no la verdadera profundidad que Dios quiere que vean. El motivo de que el cristianismo evangélico se encuentre hoy día en una postura tan indefensa es

que no ha aceptado las promesas de Dios a la luz de su importancia desde el punto de vista divino.

Muchos están tan absortos con las tendencias, la tecnología, las técnicas y las trivialidades de nuestra época que no aprecian la realidad de la presencia de Dios en nuestras vidas cada día. La clave para esa realidad se percibe en las promesas que Dios nos ha dado. Lo que nos fascine nos guiará; de modo que ruego al Señor que lo único que me fascine sea Dios y su gloria maravillosa.

“Tu Palabra es como un jardín”

Edwin Hodder (1837-1904)

Tu Palabra es como un jardín, Señor,
con flores resplandecientes y bellas;
puede arrancar allí un ramillete hermoso
todo aquel que busca.

Tu Palabra es como una profunda mina;
joyas ricas y preciosas
hay escondidas en sus profundidades
para todo el que allí escudriña.

Tu Palabra es como una hueste de estrellas;
mil rayos de esplendor,
guían al viajero, y llenan de luz su travesía.

Tu Palabra es como una armería
donde los soldados pueden reparar,
y encontrar allí para el día de batalla
todas las armas necesarias.

Oh, que ame tu preciosa Palabra,
que explore la mina,
que sus fragantes flores recoja,
que brille sobre mí la luz.
Oh, que encuentre allí mi armadura,
tu Palabra mi confiada espada;
aprenderé a combatir con cada enemigo
las batallas del Señor.

Trad. Carlos Tomás Knott

